

1

Pasé toda la mañana con un cadáver. Yacía sobre el granito jaspeado del banco del parque, abotargado bajo el sol.

Un año antes, el modesto éxito de un exiguo volumen de relatos me estimuló hacia una novela. Andaba entre trabajos... ¿o no?

–Tienes treinta y dos años y ya te cruje la muñeca –afirmó mi editor–. Darás clase sobre poetas muertos a disléxicos durante las próximas tres décadas a menos que lo dejes ahora.

Le odiaba, pero tenía razón.

–Sondea las cloacas del alma –me aconsejó, con cierto entusiasmo.

Me costó un año y cien mil palabras darme cuenta de que las cañerías tenían una fuga. El libroapestaba.

Aquella mañana me arrastré hasta el exterior pensando que una lectura al fresco ayudaría. *Nada*¹. El libro estaba bien muerto y el aire fresco no sirvió para reanimarlo.

Dejadme empezar por el principio.

Perdí mi carrera, a mi novio y mi biblioteca, todo, en veinticuatro horas, lo que seguramente es un récord en los anales de los desastres no naturales. Una de las peores cosas que puede hacer una profesora novel es defender a un alumno malintencionado. Yo lo hice, también, a las nueve y me-

¹ En castellano en el original. (*N. de la T.*)

dia en la sala de profesores, con todos los jugadores principales del sutil juego del puterío académico escuchando con avidez.

No hay nada sutil por lo que respecta a la ira de un docente de mayor rango. Me alcanzó antes de que hubiese terminado el día.

Durante toda aquella semana me vi inundada de informes, alejada de las clases. Mi tarjeta fue rechazada en la biblioteca, el código de acceso anulado. La sala de profesores se quedaba vacía en cuanto entraba. El viernes por la mañana el asunto culminó con un rápido final quirúrgico.

A las once mi novio dijo que teníamos un problema respiratorio, que no podía seguir soportando el aire que yo respiraba. Oh, bueno... él tenía que presentar una tesis doctoral, ¿no?

A las once y media se me condujo, sin medicación previa y sin vendarme los ojos, a la decapitación. Mi carta de despido estaba sobre el escritorio de la profesora Sandeha, aunque todavía sin firmar. Su mano se cernía sobre el brillante despliegue de bolígrafos de plástico: rosa ácido o verde bilis, ¿cuál asestaría el golpe de gracia? Al final los ignoró todos.

Alargó la mano hasta su bolso. Me sentí halagada.

Era evidente que iba a ser un momento Montblanc.

Un golpe brutal con aquella Mozart Meisterstück negra, y todo terminó. Salí, liberada de una carrera cubierta de telarañas.

Poco antes del mediodía subí a mi habitación para ordenar las cosas. Los libros habían desaparecido. *Todos* mis libros.

La carrera y el novio podían reemplazarse. La biblioteca, no. El novio, no hace falta decirlo, se llevó los libros.

En las veinticuatro horas siguientes adquirí una máquina de escribir, una nueva dirección y una tía.

Un año después, las conservo a las tres.

La máquina de escribir es una Brother portátil, con un acabado torcido en la T.

La dirección es Utkrusha, número 44, Adarsh Road, Vile Parle East.

La tía es Lalli.

Dejadme deciros de inmediato que no es una tía al uso. Su estatus como tía es accidental. El accidente es mi padre, que, hace poco, y por motivos tanto privados como preocupantes, recuperó a esta extremadamente periférica ramita del árbol familiar.

Cuando llegué a casa aquella tarde, tras haber echado por la borda carrera, novio y biblioteca, encontré a mi familia dividida y sumida en el caos.

A la mañana siguiente, llegó Lalli. Yo no tenía ni idea de dónde había salido, o quién era, o por qué su presencia suponía tal consuelo para mis apabullados padres. Para mí era un momento desconcertante, también. Quedé excluida de sus preocupaciones, porque ya tenía bastante con lo mío.

Pero todavía no estoy preparada para contar esa historia. Ahora basta decir que la presencia de Lalli me consoló tanto como a ellos. Aunque en mi caso el consuelo se produjo más bien por su completa falta de curiosidad por mis trastornos recientes. Cuando pasó la tormenta, mis aliviados padres se marcharon a Lonar, a cultivar rosas, y yo me fui con Lalli.

Compartimos techo, pero poco más. Ella tiene su espacio, yo tengo el mío. Mantenemos el acuerdo tácito de no rozarnos ni un pelo (que en el caso de Lalli es un revuelto de rizos plateados. El mío, ya que preguntáis, es liso como un plomo, y el doble de aburrido). A lo largo del año hemos evolucionado desde la cautela mutua a la mutua tolerancia.

Cuando me mude, cosa que debo hacer pronto, echaré de menos a Lalli más que nada en mi vida. Y eso es desconcertante... teniendo en cuenta lo poco que sé de ella. Tiene sesenta y tres años, descalza mide uno sesenta y siete, en la báscula del baño pesa cincuenta y siete kilos. Tiene cara de actriz, surcada de arrugas, cambiante, expresiva. Ojos ne-

gros y brillantes cuando están inactivos, aunque a veces se encienden como un soplete. El pelo, como mencioné antes, es una espuma plateada. Se mueve con una economía veloz que se confunde fácilmente con la elegancia, hasta que te das cuenta de que es disciplina. *Entonces* piensas que es sigilo, velocidad, agilidad. Tiene las manos cuadradas, sorprendentemente fuertes para una mujer que se pasa la mayor parte del tiempo leyendo.

Hasta que me mudé aquí, ella vivía sola, o casi. No he preguntado, pero no creo que haya estado casada. Hay, con certeza, una vida rebotante en su interior, que no tiene nada que ver con la que lleva de forma visible. La he sorprendido en momentos en los que el día se le escapa y ella se pone tensa por la expectativa. Levanta la vista, para escuchar un paso o una nota musical en la distancia. Alerta. Nunca dura más de un instante. Después el ligero sofoco se disipa, y su mirada se repliega y se vuelve impenetrable.

Nuestro salón recibe un flujo constante de visitas. Al principio la variedad me deslumbró. Aparecían a todas horas. A veces se quedaban el día entero aturcidas, desplegando los movimientos de la cortesía mientras se servían y se retiraban las comidas. En otras ocasiones eran rechazadas por Lalli con una orden escueta: «Vete, por favor. Ahora». Éstas, me percaté, por lo general iban muy bien vestidas y traían consigo el aura inefable del dinero.

En la primera semana que pasé en Utkrusha, le abrí la puerta a una de estas personas. Tenía una cita, dijo. Se llamaba Surendranath Shah. Lalli no estaba, se había esfumado tras una llamada telefónica, y me sentí obligada a hacer compañía a la visita. Le llevé el vaso de agua de costumbre y le di a elegir entre té o café, le acerqué el periódico, y me disponía a volver a mi máquina de escribir cuando algo me entretuvo. Nos pusimos a hablar, y el señor Shah, descubrí, era astrólogo... no tanto por elección como por herencia. Para cuando Lalli regresó estábamos en plena discusión sobre los símbolos funerarios egipcios. Me fui con cierto pesar.

Más tarde, cuando se hubo marchado, le pregunté a Lalli si sus predicciones eran fiables.

–No conozco sus predicciones –contestó mi tía–. Espero descubrir si las mías lo son.

Me sorprendió. Lalli parecía demasiado racional como para fiarse del poder de las estrellas.

–Pronostico que pronto se delatará –continuó Lalli–. Parecía que teníais mucho de que hablar.

–Tiene un enorme interés por el simbolismo egipcio.

–No. Lo tienes *tú*.

–Oh, sí, pero apenas sé nada sobre ello. Él es un experto.

–¿Y cómo llegasteis a Egipto? ¿Cómo se entabló exactamente la conversación?

Su tono de voz era innecesariamente cínico. Aquel hombre parecía un conejo inofensivo. Un poco venido a menos, pero en lo esencial *bechara*, inocente; *pavam*, un pobrecito.

–Es astrólogo –contesté con firmeza–. Toda su familia lo ha sido durante los últimos seiscientos años.

–¿Y te dijo eso en cuanto abriste la puerta?

–Después de que le pusiera cómodo con un vaso de agua y el periódico, sí.

–Ajá. ¿Y el periódico estaba tal y como lo dejaste al terminar tu segunda taza de café?

–¿Cómo...?

–No importa. Lo que quiero decir es que estaba abierto por la sección local, por la segunda página y doblado en vertical con la mancha de café justo debajo de la columna *Las estrellas pronostican*.

Estaba a punto de protestar indignada cuando me percaté del periódico, mancha y todo.

–Pero eso no fue todo, ¿verdad? Llevas una semana preocupada por el tema egipcio, dándole vueltas a cómo podrías colarlo en tu libro. Ayer te planteaste situar una escena en una pirámide. Esta mañana has transferido tu lealtad a la Esfinge. Esas cosas se *notan*.

–¿Cómo? ¿Me leyó la mente?

Lalli se rió.

–Leyó el entorno. Mira alrededor.

Lo hice. No vi nada.

–Observa la estantería.

Eso era sencillo, lo difícil es apartar la vista. Otras habitaciones tienen paredes. El salón de Lalli tiene libros. Necesito una escalera de mano para llegar a la fila más alta.

–¿Cuál es el último libro que has leído? Es fácil decirlo.

Entonces me di cuenta, un volumen grueso de color escarlata sobresalía un poco con respecto a la base. Estaba demasiado alto como para leer con facilidad el título, pero el lomo mostraba la inconfundible geometría achaparrada de la tumba de un faraón. Lo había estado leyendo la tarde anterior.

–No tan rápido –repliqué–. En primer lugar, se trata de *Noches de la antigüedad*, de Norman Mailer. El señor Shah no parece el tipo de persona que lee a Mailer. En segundo lugar, ¿por qué iba a pensar que yo estuve leyendo ese libro? ¡Podrías haber sido tú!

–Cierto, podría haber sido yo. Pero con el indicio añadido de la forma cónica garabateada al lado del crucigrama, claramente realizada con el lápiz que incluso ahora sigue donde lo dejaste, y que es probable que tuvieses en la mano cuando abriste la puerta... el señor Shah mostró bastante lógica al concluir que estabas interesada en el antiguo Egipto. Y en cuanto a tu idea de que no parece el tipo de persona que lee a Mailer... ¿cómo podrías saberlo?

–No es posible que se diera cuenta de todo eso. Nadie se fija nunca en cosas así.

–Yo sí.

–Tienes mente de asesino de bajo nivel.

–También el señor Shah. Es un bígamo aplicado que me ha pedido que localice a su esposa desaparecida. Más bien pienso que la ha asesinado.

Me reí.

Y dejé de hacerlo con rapidez cuando vi su cara.

Estaba completamente seria.

–Espera un momento –dije despacio–. ¿Quería que loca-

lizases a su esposa? ¿Qué eres, una agencia de personas desaparecidas?

—Entre otras cosas. Recopilo curiosidades. Acepté buscar a la esposa del señor Shah porque lo encuentro curioso.

Para entonces la mandíbula se me había caído hasta la cintura. Con todo, faltaba una última pregunta esencial:

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué se tomó la molestia de cultivar la conversación contigo? —Lalli sonrió con picardía.

Me estremecí. Surendranath Shah, de haber tenido más tiempo, podría haberse organizado, y haber saltado con agilidad de *kundali* a *kundalini*, del horóscopo al sexo.

Después de aquello, fui cautelosa con las visitas de Lalli durante un tiempo.

Pero poco a poco mis escrúpulos se desvanecieron. Hoy menciono con orgullo entre mis conocidos a un falsificador, un desfalcador, varios prestidigitadores que roban carteras para ganarse la vida, y una modesta colección de impostores. En cuanto al señor Shah, está a la espera de juicio. La esposa desaparecida fue localizada con bastante facilidad. La encontraron en un camión lleno de fruta, distribuida de modo uniforme en trocitos convenientemente colocados entre capas de mangos de la variedad alfonso, madurándose en su camino hacia la exportación.

Hay expedientes de Homicidios todas las semanas. Tardé unos días en darme cuenta de que Lalli se había pasado los últimos treinta años en la policía. No se ajusta a la idea que tengo de una mujer policía, ni siquiera a la de una famosa detective que echase una miradita a rastros de sangre. Supe del pasado célebre de mi tía por otro encuentro curioso.

En esa ocasión fue un policía uniformado con el arco iris completo sobre el hombro, y una sonrisa de anticipación que se esfumó cuando me vio.

—¿Lalli, por favor? —preguntó bruscamente—. Si no está en casa, esperaré.

Y antes de que me diese cuenta se deslizó por mi lado y se fue derecho al sofá beige.

Traté de mantener la voz tranquila cuando mi mente se puso a nadar por todos los relatos escabrosos de acoso policial que había escuchado de mis amigos que trabajaban en ONG.

–¿Qué quiere de mi tía? –espeté–. No puede molestarla de esta forma. Conocemos bien nuestros derechos. Un policía de uniforme no puede presentarse en casa de alguien sin previo aviso...

Me consolé con ese *previo aviso*. Tocó la tecla adecuada. Hice un inventario rápido de gente que correría en mi ayuda, y tiré la lista a la basura. Tendría que manejarlo yo sola, y parecía tener todas las palabras adecuadas. No obstante, mi elocuencia se malgastó. No me escuchaba. Estaba tecleando en su móvil de modo febril. Posiblemente llamaba para pedir refuerzos.

No, me pasó el teléfono.

–Todavía estoy en Colaba –sonó la voz de Lalli–. Tardaré una hora o más en llegar a casa. No te preocupes por Balu, no te molestará. Es uno de mis hombres.

¡Balu! Entrecerré los ojos. La insignia de plástico en su uniforme decía Balkrishna Jadhav. Me sonrió alegremente.

–Un policía de uniforme puede visitar a un oficial superior en su casa. Incluso si está retirado.

–Yo... no sabía que Lalli estaba en la policía –balbuceé de forma estúpida.

–¿No sabías que el *Ramayana* va sobre Rama? –se rió. Dio un golpecito al voluminoso expediente que había colocado sobre la mesita–. ¿Ves lo gordo que es? Si Lalli no lo ve esta semana, aumentará.

Aturdida, abrí el expediente.

Lo cerré deprisa.

Necesité sentarme. Necesité un vaso de agua.

Nuestras disculpas colisionaron.

–Lo siento, no debería haberlo abierto.

–No, no, es culpa mía, debería haberte parado. Puede ser muy... impactante.

Lo fue.

En el expediente había fotos. Imágenes brutales, nauseabundas. Lo peor de todo es que reconocí el rostro. Lo había visto en primera página durante toda la semana anterior, como habían hecho los otros diecisiete millones de personas en Bombay.

Sarika Doshi. Dieciséis años, asesinada en la seguridad de su propio hogar a plena luz del día. El asesinato dejó atónita a la ciudad. Los tabloides nunca lo tuvieron mejor, publicaron a doble página entrevistas con sabihondos que nunca estuvieron lo bastante cerca de la chica como para oírla gritar. *Ciudadanos adultos son asesinados con frecuencia en la ciudad, pero la muerte de una adolescente no puede ignorarse*, comenzaba sin reservas un reportaje.

Nada en la calma angelical de las fotografías de la víctima publicadas en aquellos periódicos revelaba el horrible asalto a su cuerpo. En aquel momento recordé algunos detalles.

La apalearon con una pesa de hierro y la rajaron con un cuchillo. Las dos armas eran de la casa. Su padre, un fanático del *fitness*, trabajaba todos los días con las pesas. El cuchillo era de la cocina. La chica había dejado entrar en casa al asesino. Al parecer éste encontró las armas con bastante facilidad. El cuchillo de la cocina era pan comido, pero ¿y la pesa? No había signos de lucha. Tanto el padre como la madre estaban trabajando cuando asesinaron a la chica.

Heridas múltiples, dijeron las noticias, pero esa jerga simplista había tapado *esto*. *Esto* era más que furia o desesperación. *Esto* era odio. No podías imaginarlo. Tenías que verlo. Cuando abrí el expediente vislumbré de un vistazo aquel instante de odio. Se me clavó en los ojos. Cortó el aire. Me dejó a oscuras.

Balkrishna Jadhav me trajo un vaso de agua de la nevera y encendió la televisión. India estaba jugando contra Nueva Zelanda en Ahmedabad. La miramos aturridos mientras Dravid y Sourav mantenían el juego contra viento y marea. La asombrosa bola de seis carreras que lanzó Sourav no logró más que unos aplausos mecánicos.

–Informe forense –soltó Jadhav de pronto–. Ahora el público está acostumbrado a los cuerpos. Ves Discovery Channel, ¿no? ¿*Granja de Cuerpos*? ¿Has visto ese programa?

Quise decir *Eso no es real. Está pasando en alguna otra parte. Pasa en la tele, lejos de nosotros, por el amor de Dios...*

Él apartó el expediente con enfado.

–Observo esto todo el día, después me voy a casa ¿y qué me encuentro? A los niños cenando y viendo *Granja de Cuerpos*.

Pude imaginar la escena. Dos o quizá tres pequeños y ansiosos Jadhav, contando los gusanos que había sobre la *varan bhat*, esa papilla de lentejas con arroz.

–Tanta pericia forense, tantas pruebas, tantos equipos caros. ¿De qué sirven?

–¿Aquí no tenemos esas técnicas?

–Claro que las tenemos. Si quieres un PCR, tenemos PCR, si quieres un STR también, lo tenemos todo de la A a la Z, ¿y de qué sirve? No hay coincidencia de ADN. Y hoy me llega un memorándum, hemos sobrepasado el presupuesto, ¿por qué no hay resultados? De modo que, naturalmente, he venido hasta aquí.

–¿Naturalmente?

Se apartó un mechón de pelo errante y sacudió la cabeza de forma lastimera.

–Al principio, cuando conocí a tu tía, solía llamarla Señora. Un día me dijo, Balkrishna, yo también tengo nombre, sabes leer, ¿verdad? En su insignia, como ésta, sólo había una palabra: Lalli. Entonces me dio vergüenza, ¿cómo voy a llamarla así, ni siquiera por su nombre de pila, sino por algo como un apodo? Pregunté, ¿por favor, señora, cuál es su nombre completo? Volvió a señalar la insignia. Así que pregunté a los demás, que también me dijeron que la señora era Lalli, todos la llamaban así desde el principio. Pero yo estaba demasiado preocupado. De modo que un día saqué su expediente. Y lo mismo: Lalli. Sin apellido. Después pensé que los tamiles sólo tienen iniciales, nombre del pueblo,

nombre del padre, como mi buen amigo R. C. Ramanathan, Rayavaram Chandrashekhar Ramanathan, así. No como la gente de Maharashtra. Conservamos el primer nombre, nombre intermedio del padre o el marido y después el apellido. Pero eso tampoco... no. No había iniciales para Lalli. Un auténtico dilema. Para entonces, yo también la llamaba Lalli, pero para ser sincero no estaba cómodo. Un día se lo digo a Fernandez. Un tipo con mucha experiencia, Fernandez. Se rió. Ahora también le ponemos iniciales –me contó–. La llamamos U. R. Lalli, porque es nuestro «Último Recurso». Desde hace ya muchos años, es U. R. Actualmente, antes de cerrar un expediente tenemos que rellenar un impreso extra. No es oficial, porque ella está oficialmente retirada. Siempre lo colocamos al final del expediente: una hoja en blanco con las iniciales U. R.

Cuando Lalli llegó, estuve a punto de excusarme, pero ella me detuvo.

–Quédate si puedes soportarlo –propuso.

–No es capaz –apuntó Balkrishna–. Se acaba de desmayar.

Lalli cortó mi indignada protesta:

–Una reacción normal ante lo inesperado. Podrá con ello.

Sí. Tendría que contar con muchos desmayos si planeaba quedarme con Lalli.

–¿Hasta dónde has llegado con Sarika Doshi, Balu? ¿Y el informe forense?

No había coincidencia de ADN, repitió Balkrishna Jadhav consternado. Tampoco había huellas. El agresor utilizó guantes. No había nada en la pesa, excepto las huellas del padre, como era de esperar.

–¿Y el cuchillo? –preguntó Lalli.

–Nada. Limpio.

–El informe de la autopsia dice que no había signos de violación. Me resulta difícil de creer.

Jadhav pareció incómodo.

–Hay cierta confusión. El patólogo dice que la víctima tenía una vida sexual activa, la segunda opinión de un ginecó-

logo dice también que hubo relaciones sexuales antes de la muerte. Pero las pruebas forenses dan negativo. Hablé con ellos, están utilizando técnicas muy avanzadas.

—¿Quieres decir en comparación con mi época, Balu?

—Todas las semanas sale alguna prueba nueva. ¿Cómo vamos a saber todo eso del ABC, el complejo avidina-biotina, y el SNP, el polimorfismo de nucleótido simple? Pero dicen que no han podido encontrar rastros de esperma.

—¿Y éste es el padre? ¿Es una foto reciente?

—Sí, sí, es una foto de la policía, tras el asesinato.

—Sarika era hija única. ¿Qué edad tienen los padres?

Balkrishna echó un vistazo a sus notas.

—Cincuenta. Cincuenta y pocos. La niña nació tras muchos años de matrimonio. Ahora están completamente destrozados. La niña era toda su vida.

—Dieciséis años, todavía iba al colegio, una vida entre algodones, aunque sexualmente activa.

—Por supuesto los padres dicen que es imposible. La madre se volvió histérica, el padre se puso violento cuando le mostramos los hechos.

—Por supuesto.

Lalli colocó la fotografía de los padres sobre la mesa.

—Necesitarás muchas comprobaciones, pero aquí está la respuesta. El caso está bastante claro.

—¿Claro? ¡No tenemos nada! La chica dejó entrar al asesino en casa. Lo conocía. Quizás lo estaba esperando. El asesinato es premeditado. Llevaba guantes.

—Oh, no, los guantes estaban en casa.

—No había guantes en la casa. ¿Por qué debería haberlos? ¿Y cómo iba a saber el asesino que había guantes?

—Acabas de mencionar lo más importante del caso, Balya. Ahora, investiga.

Él la miró y parpadeó como un tonto, y supongo que yo también lo hice.

Lalli suspiró impaciente.

—¡No había guantes en la casa! ¿Por qué no había guantes en la casa?